



Julio César Londoño
Caricatura de Jorge Restrepo

Una criatura fractal

JULIO CÉSAR LONDOÑO

La cosa apareció un día cualquiera en el corredor de la casa, flotaba a unos cincuenta centímetros del suelo y se desplazaba con un movimiento rectilíneo, uniforme y sereno. No sé cómo la advertí. Yo estaba tan metido en la lectura, que una cosa tan silente y pequeña no debió llamar mi atención, pero el caso es que la vi con la parte más sensible del ojo, con el rabillo, o quizá con un sensor de peligros, un sentido aún no detectado por los fisiólogos porque actúa solo en momentos cruciales.

Cuando alcé la vista del libro para enfocar bien lo que el rabillo solo había vislumbrado, me pareció advertir en la cosa un estremecimiento apenas perceptible, una ligera perturbación en su serena trayectoria. También pudo ser, lo reconozco, el efecto de una minuturbulencia causada por la brisa de la tarde o por el silbo del canario. Ambas hipótesis son atendibles —el estremecimiento y la turbulencia—, pero yo trato siempre, dejémoslo en claro, de no casarme nunca con explicaciones históricas.

Como el libro había perdido ya todo interés frente a semejante aparición, me puse en cuatro sobre el piso y la examiné. Era finísima, una pelusa esférica, una leve estructura cuyos primeros segmentos partían del centro y se bifurcaban de manera arborescente, monótona, fractal.

Repaso estas líneas y las encuentro exactas, sí, pero también toscas, demasiado pesadas para describir a esa criatura tan ligera que recorrió el corredor con un sigilo que hoy tengo que llamar inteligente.

Parecía hecha de aire y sol, como tejida con los hilos de un recuerdo remoto, como una espora sagrada, como esas semillas planeadoras que ciertos árboles arrojan al viento para esparcir su simiente a larguísimas distancias, y se movía con una nitidez felina, sin rozar ni tropezar con nada.

Parecía hecha de aire y sol, como tejida con los hilos de un recuerdo remoto, como una espora sagrada, como esas semillas planeadoras que ciertos árboles arrojan al viento para esparcir su simiente a larguísimas distancias, y se movía con una nitidez felina, sin rozar ni tropezar con nada. Esta fue la segunda manifestación de su inteligencia, aunque, bien visto el asunto, lo normal es que las cosas no tropiecen. Los tropiezos son unas ternuras exclusivamente humanas. (Quizá es por esto que la palabra *tropiezo* tiene un *pie* en la mitad).

Luego la esfera recorrió las habitaciones sin titubear, como si supiera que todas estaban comunicadas entre sí. Lo hizo con una lentitud exquisita, con seguridad y parsimonia episcopales.

Sí, lo acepto, debo sonar asquerosamente dramático. ¿Por qué no aceptar que era solo una semilla alada, una simiente de arce, olmo, tilo o abedul, dedicarle como máximo un soneto y volver al libro? Por su movimiento. Por la manera como se desplazaba. Si la hubiera visto planear sobre una avenida, mecerse en la brisa y perderse entre los carros no me habría intrigado tanto, ¡pero esta cosa recorría la casa con esmero, entraba y salía de las habitaciones y hasta se detenía un instante frente a algunos objetos, en especial los electrodomésticos! Usted puede pedirme que sea consistente, que opte por la explicación menos dramática, las corrientes de aire y punto, pero es que también detesto, olvidaba decirlo, las simplificaciones. El hecho de que no sea crédulo ni supersticioso ni ufólogo no significa que esté dispuesto a “explicar” todos los milagros a punta de golpes de azar, coincidencias o corrientes de aire. Los escépticos me parecen sujetos más antipáticos que los creyentes, esos buenos hombres que ven milagros en todo. Puesto a escoger, prefiero al ingenuo sobre el listo. Yo trato de conservar el equilibrio: no quiero ser ajeno a la revelación, pero tampoco estoy dispuesto a dejar que cualquier charlatán abuse de mi buena fe.

Entonces decidí hacer un experimento: le puse un obstáculo, atravesé el libro en su trayectoria y confirmé mi sospecha: que las cosas no tropiezan. Cuando estaba a dos centímetros del libro, la cosa ascendió en línea recta y luego retomó su rumbo original. Repetí el experimento varias veces y noté que siempre esquivaba el libro de la misma manera: ascendiendo primero y avanzando después. Así descubrí la Primera (y por ahora la única) Ley de las Partículas Autónomas: “Como el tiempo, como los aviones, las partículas autónomas no retroceden jamás”.

Pensé atrapar la espora y hacerla analizar (en mi ciudad están los principales centros de investigaciones biológicas del país) pero al momento caí en cuenta de que no sacaría nada con ello. Seguramente encontrarían que estaba hecha de elementos naturales, como todo, como los árboles y los computadores, porque los hombres no hemos creado absolutamente nada. Seguramente hallarían carbono y silicio en sus ramillas, y en algunas de sus partes una geometría tan regular como la de los cristales de cuarzo, y en otras unas formas tan caprichosas como las de cualquier horqueta, esas bifurcaciones vegetales que sirven para hacer nidos. O caucheras.

Si la hubiera visto planear sobre una avenida,
mecerse en la brisa y perderse entre los carros no me habría
intrigado tanto, ¡pero esta cosa recorría la casa con esmero,
entraba y salía de las habitaciones y hasta se detenía un instante
frente a algunos objetos, en especial los electrodomésticos!

Pensé sembrarla a ver si se reproducía, pero recordé haber leído en alguna parte que las máquinas del futuro serían capaces de reproducirse como cualquier ser vivo, y si esta cosa se reproducía podía significar, simplemente, que ya estábamos en el futuro.

No teman, no voy a saltar aquí a decir que esta espora era una sonda camuflada, un “ojo” enviado desde una nave madre, desde un velero extraterrestre que orbitaba a prudente altura sobre mi casa, como diría un literato sin imaginación —o un sujeto de imaginación calenturienta—. No es que me parezca una hipótesis deleznable, no; es solo que me parece un tanto... previsible.

Lo único que me quedó claro era que allí, en el centro de esa cosita, había inteligencia y curiosidad. Y como estas cualidades son, junto con la bondad, las virtudes que más admiro, la fui empujando con soplos delicados hacia el corredor (¡tampoco quería que esa cosa se quedara en las habitaciones!). Gateé tras ella con movimiento rectilíneo y uniforme hasta la puerta de atrás, y allí, en las gradas que bajan al solar, le di el último empujoncito: “Adiós, chica, buen viaje”, le susurré. No es una gran frase, lo reconozco, pero fue sincera. Ojalá algún historiador del futuro tenga la bondad de mejorarla, como han hecho siempre con los últimos quejidos de los muertos notables.

Entonces la esfera me hizo un guiño (un pequeño movimiento de retroceso), se quedó suspendida en el aire un instante y luego se elevó, lenta y perpendicular, en el cielo de la tarde. ■

Julio César Londoño (Colombia)

Ensayista y narrador colombiano. Columnista de *El País* y *El Espectador*. Finalista del premio Planeta de novela, Madrid-Bogotá. Premio Simón Bolívar, crítica literaria, Bogotá. Premio Plural de ensayo, México. Premio Juan Rulfo de cuento, París. “Aunque he fracasado con esmero en varios géneros y quehaceres, agradezco la circunstancia fortuita de ser esa cosa exótica, pedante y casi feliz, un hombre de letras”.